

Transición a la democracia en América Latina. Puntualizaciones en la trayectoria de una discusión*

Darío Salinas

Resumen

El artículo cuestiona una interpretación de la transición política latinoamericana asociada a la democracia. Sostiene que la transición ha llevado a la búsqueda de una gobernabilidad ajena a la participación popular en las decisiones y desligada de los problemas sociales. El autor concluye planteando la necesidad de una sociología radical que recoja las contradicciones de la realidad.

Abstract

This article offers an interpretation of the political transition in Latin America. The author argues that this transition has led to a form of governability devoid of popular participation in decision-making processes, and to the dismissal of social problems. In closing, Salinas recommends the application of a more radical form of sociological analysis that considers all socio-political contradictions.

Si resulta un lugar común el hecho de admitir que la temática de la transición remite de manera casi ineludible a la identificación de los objetivos democráticos, cuyas pugnas dinamizan en gran medida el desenvolvimiento de la política, parece plausible pensar en ciertos acercamientos que prevalecen con importantes interrogantes en el actual debate latinoamericano. Una reflexión que deliberadamente establezca distancia entre transición y democracia, es decir, fuera de aquel lugar común, contiene importantes claves para pensar en los caminos actuales de la política y las formas de concebir el análisis de la política.

Un intento de hacerse cargo de ello involucra la reflexión acerca de los resultados de la transición, la modalidad política predominante en el manejo de la democracia y, por último, algunas señales que aluden a los propósitos de la llamada gobernabilidad, todo lo cual, sin agotarlo, tiene entre sus alcances

* Ponencia presentada en el XX Congreso Latinoamericano de Sociología, ciudad de México, 2-6 de octubre de 1995.

diversos eslabones de prosecución con la discusión actual de la sociología latinoamericana.

No es exagerado afirmar que el periodo de los años ochenta, captado por la descriptiva afirmación cepalina en términos de una "década perdida para el desarrollo" —y nada indica que esa sería la última—, ha sido un tiempo de abundante discusión alrededor de la democracia y, correlativamente, de experiencias políticas que se desarrollaron bajo diversas características, esquemas y proyectos de construcción en esa dirección. ¿Por qué después de este proceso, cuando ya promediamos los noventa, sigue siendo un asunto de enconada disputa?

A ese respecto se puede hipotetizar que, más allá de las visiones exitosas o triunfalistas, son los muy precarios saldos de tales experiencias —sin desconocer la necesidad de profundizar lo que se ha obtenido— los factores que concurren para otorgarle todavía una fuerte pertinencia. La pregunta tiene que ver, por tanto, con entender las condiciones cambiantes en curso y sus tendencias más sobresalientes, lo cual acarrea entre sus derivadas, asociaciones importantes que ayudan a rastrear los movimientos actuales de la política en la región.

Mediada por un cúmulo de hechos, dinámicas y resultados, hoy nos encontramos a una distancia apreciable de aquella coyuntura en que diversas posiciones favorables a la democracia inclinaron la balanza de la política general frente a las dictaduras militares, principalmente en el Cono Sur. En ese mismo trayecto no debiera descartarse que los derrumbes estrepitosos experimentados por las estructuras socialistas de poder en Europa del Este dejaron formuladas, en algún tramo de sus respectivas involuciones, sendas interrogantes teóricas sobre la relación entre la democracia y un proyecto consolidado de construcción social anticapitalista.¹ Y en la América Latina actual, seguramente la creciente insatisfacción social sumada a la cadena de desencantos políticos y la falta de alternativas consistentes refuerzan, a su turno, las exigencias —no articuladas— en favor de la democracia. En el entorno regional se ha venido configurando un entramado de fuerzas, intereses y bloques transnacionales de poder que desarrollan una correlación muy distinta, en ideología y en contenido, a la de ayer y cuyas tendencias reales —más allá del discurso— trazan una dirección contraria a la ruta que dibujan las acumuladas demandas sociales insatisfechas. Conviene que esto no sea tomado como una simple constatación. Porque todo está tan travestido e ideologizado en las señales discursivas y prácticas políticas del presente² que hasta el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial han

¹ Gabriel Vargas Lozano, *Más allá del derrumbe*, México, Siglo XXI, 1994.

² La opacidad actual de la realidad política, que en este periodo de la historia parece mucho mayor, constituye un anexo indispensable en el análisis del poder hoy bastante descuidado. "...forma moderna del

venido expresando preocupaciones y criterios de acción frente a lo social cuyos alcances políticos trastocan asuntos que conciernen a la democracia.

Pero la historia reciente arroja también experiencias cuyos componentes ponen de manifiesto, de un lado, que la problemática de la transición no está asociada de antemano al tema político de la democracia, ya que hacerlo así sería como fabricar respuestas antes incluso de generar las preguntas y, del otro, que las aspiraciones sociales que configuran objetivos democráticos superan los límites definidos por un tipo de régimen político, toda vez que su cobertura abarca ámbitos y niveles en los cuales se proyectan con mayor o menor claridad movimientos multidireccionales de fuerzas y demandas con sentido de transformación social. De allí que la democracia sigue siendo un campo de disputa demasiado sensible a la evolución de los actuales procesos políticos de la región.

Del intervencionismo a la democracia de libre mercado

Un hecho importante a tomarse en cuenta en relación directa con nuestra afirmación anterior, es el tono que exhibe la política que proviene del Norte hacia América Latina, en el cual sobresale una llamativa línea orientada supuestamente a la promoción de la democracia. Sabemos que sus alcances no están desprendidos de un asunto fundamental que concierne a la seguridad hemisférica, o lo que por esto debe entenderse a la luz de sus intereses estratégicos. El elemento de base que sustenta esa formulación es indisociable de la idea constitutiva de esa misma política que se expresa en la necesidad simultánea de promover "economías de libre mercado".

Asistimos a un momento en que, en apariencia, esa antigua práctica de sosjuzgar para dominar y seguir imponiendo un determinado orden —ajeno a nuestros intereses— se ha tomado súbitamente proclive a la democracia. Desde la "Iniciativa para las Américas" del 27 de junio de 1990, pasando por algunos importantes episodios como la "Cumbre de las Américas" realizada en Miami, hasta la reunión de Williamburg, podríamos encontrar diversos puntos de continuidad que perfilan esas líneas de política.

¿Hacia dónde se dirige tanta preocupación en favor de la democracia? Obviamente, no hacia el impulso de una mayor participación popular en las decisiones que tienen que ver con los niveles reales del poder político. Menos

poder es la ideología. Esto último, la producción o emisión de ideología es ya, por tanto, la revelación del espíritu del poder: manifiesta sin duda un propósito y no un acatamiento. La mera gana de poder no hace, sin embargo, al poder". René Zavaleta Mercado, "Las formaciones aparentes en Marx", en *Historia y Sociedad*, núm. 18, verano de 1978, p. 16.

aún hacia la transformación de éste ni tampoco para que se fortalezca nuestra tan menguada soberanía por lo menos para decidir qué tipo de democracia conviene a nuestros pueblos.

Sin embargo, no se exagera si mostramos que la orientación de esa política constituye un asunto muy serio para América Latina, en la medida que la democracia encierra una muy antigua y legítima aspiración nuestra. El riesgo del trucaje, en cuanto a significados y contenidos en el de por sí farragoso campo de las ideas predominantes y la política actuales, no parece descabellado. Basta recordar al respecto —y sólo a modo de ejemplo— hasta dónde puede proyectarse esa preocupación de “promover la democracia”. Todos sabemos que tras una resolución del Consejo de Seguridad, tropas norteamericanas ocuparon el año pasado y sin la menor objeción de nadie el pequeño territorio haitiano para restablecer la democracia. Como en teoría el fin era democrático, a nadie le importó mayormente que el medio fuera tan deleznablemente antidemocrático.

La lógica de la seguridad norteamericana estriba en la necesidad de una región latinoamericana políticamente “estable”. Porque el sistema requiere seguridades en cuanto a condiciones de gobernabilidad. Es decir, gobiernos relativamente dóciles que acaten los parámetros de una democracia tutelada y liberal, que lleven a cabo elecciones con la mayor concurrencia posible, consensos o pactos políticos que garanticen que el modelo económico y las estructuras fundamentales del Estado no habrán de sufrir modificaciones importantes, que sus políticas aseguren ampliamente una economía de mercado, concertación de fuerzas políticas dispuestas a la relación comercial, y sobre todo predispuestas a acatar los criterios de condicionalidad establecidos por el sistema financiero internacional como fórmula de modernización e impulsar esquemas subordinados de integración regional.

¿Nuestros gobiernos intentan algún esfuerzo serio por colocar un contrapeso o adoptar iniciativas distintas para superar esta situación? El saldo general de los procesos referidos a prácticas gubernamentales que encierra la historia reciente, sugiere más bien que en América Latina no se ha transgredido mayormente ninguno de estos lineamientos. La política del norte es efectiva, tanto como inocua hasta ahora ha sido la capacidad gubernamental en el sentido de proponer alguna iniciativa diferente. Lo que prevalece en esferas oficiales es el afán de obtener un sitio al lado de poderes financieros y convertirse en aliados de ruta en esa ambiciosa tarea de impulsar una “zona de libre mercado”, aunque en lo que va del quinquenio actual ningún país al parecer ha conseguido nada significativo y menos aún alguna cuota sustantiva de beneficio para el bienestar de sus pueblos.

Un alcance sobre el fenómeno electoral

En ese contexto, lo que parece más probable es una continuidad alrededor de los mismos componentes. Y la discusión que sobre la democracia se ha venido desarrollando en nuestros países no ha podido ser sino de una visibilidad muy limitada.

Una de sus expresiones más notables tiene que ver con la extensión que ha adquirido el mapa político electoral. Desde 1989 a la fecha la mayoría de los países ha vivido por lo menos dos experiencias electorales. Sin embargo, hay una característica que no se puede perder de vista y que no está suficientemente discutida, y es que la demanda activa por canales efectivos y cada vez más directos de participación van mucho más allá del ámbito electoral.

Señalemos al respecto que ninguna coalición triunfante en justas electorales ha logrado reproducir ampliamente el resultado numérico expresado en los escrutinios. Antes bien, sobresale muy rápidamente el descontento y la búsqueda de movilización alrededor de muy diversas demandas que desbordan las instituciones disponibles en cada uno de los sistemas políticos.

Citemos tan sólo algunos casos. En Chile, luego del inobjetable triunfo electoral, por segunda ocasión, de la coalición de partidos encabezados por la Democracia Cristiana, se enfrenta un clima social de insatisfacción que ya se venía incubando desde antes y en el cual sobresalen las huelgas de mineros y de profesores, protestas estudiantiles y una movilización por momentos muy aguda alrededor de un sentido asunto pendiente vinculado con los derechos humanos y en contra de la impunidad. En el caso de Uruguay, en circunstancias parecidas, destaca el plebiscito convocado por el Frente Amplio en contra de las privatizaciones que tiene, igual que el caso anterior, una notable resonancia política. El caso Menem en Argentina a este mismo respecto no es menos ejemplificante. Obtiene superioridad en las urnas frente a sus contrincantes y asume por segunda vez la presidencia en medio de una ola de manifestaciones de descontento, paros en reclamo de salarios atrasados, diversas marchas en rechazo a la política de privatización que apuntaban en ese entonces a empresas de servicios públicos, al tiempo que se daba a conocer que el índice de desempleo se había disparado a casi 15 por ciento.

Estas referencias que bien pueden multiplicarse hasta conformar el otro mapa político de la región, sólo quieren sugerir que el fenómeno electoral es cada vez menos significativo frente a la calidad movilizadora —aunque no necesariamente de manera articulada y orgánica— de las multiformas y diversas expresiones sociales que día a día se multiplican en América Latina y que crecen en resonancia.

¿Cómo pueden entenderse estas disociaciones tan marcadas entre los proce-

sos electorales y estos otros procesos de la sociedad? Se requiere en este sentido de un esfuerzo reflexivo mucho mayor para entender la estructura de los comportamientos sociales y políticos que se esconde detrás de las expresiones electorales. Difícilmente hoy se podría afirmar que el sistema político prevalente en América Latina goza del "consenso activo de los gobernados". Aquí tenemos un nudo problemático que se corresponde con una dinámica profunda, aunque de bajo perfil transformador, pero que en todo caso está indicando la imposibilidad de una coincidencia entre el tipo de política que se ha venido aplicando por regla general en la región y el sentimiento de la inmensa mayoría de la población cuyas posibilidades de articulación no se ha logrado todavía entender desde los esquemas de conocimientos disponibles.

Esta es una constatación que no nos puede inducir a sacar conclusiones fáciles. La tentación de decir que las elecciones no representan integralmente la voluntad popular —hecho harto conocido—, o recurrir al expediente no menos novedoso de los mecanismos fraudulentos, o que la maquinaria propagandística montada en cada caso resulta prácticamente inexpugnable, son argumentos válidos que admiten verificaciones y no falsean la realidad política. Pero parecen insuficientes para explicar este hecho.

En todo caso, para los ganadores la democracia seguirá siendo una forma de ejercitar el poder político y para los perdedores una aspiración social, política y de poder.

Gobernabilidad: el último grito de la moda politológica

Cuando los problemas sociales, tales como la desigualdad, la pobreza y el legítimo reclamo por participar en las decisiones que competen al país, se transforman en una posición desde la cual el tema de la democracia se reduce a problemas de gobernabilidad, la lucha en favor de ella puede decirse que ha comenzado su inexorable camino hacia el debilitamiento político y, en última instancia —¿por qué no?—, hacia una forma más de desconocimiento de la voluntad popular.

Todos sabemos que fue Huntington y la Comisión Trilateral,³ y más tarde —con matices en cuanto a sus implicancias analíticas aunque con una inspiración

³ Un eje casi cronológico en la producción teórica básica que alimenta esta concepción política irfa desde la publicación en inglés en 1968 y varias ediciones traducidas al español de Samuel Huntington, *El orden político en las sociedades de cambio*, Buenos Aires, Paidós, 1990; y un poco más tarde la elaboración que estructuró el pensamiento de la Trilateral: Michel Crozier, Samuel Huntington y Joji Waranaki, editado dos años después de su primera publicación en inglés, por el CIDE de México bajo el título "La gobernabilidad de la democracia", en sus *Cuadernos Estados Unidos*, núms. 2 y 3, segundo semestre de 1977 y primer semestre de 1978.

teórica no muy distante de la matriz- Flisflisch,⁴ Alcántara⁵ y otros, los que han venido forjando entre nosotros esa visión vinculada al ejercicio del poder hoy tan de moda entre los teóricos de la política y la democracia. Desde ya, vale la pena llamar la atención sobre el riesgo que acarrea intentar una crítica en este sentido, por la sencilla razón de que implica remar contra una corriente. Y es que la visión más difundida opera como simple y natural conducta política. Porque aparece la gobernabilidad como si fuera sinónimo de estabilidad política. En ese sentido su desmontaje sería como un acto inconveniente, una contribución antidemocrática.

Sin embargo; la gobernabilidad en el terreno de la política ha sido mucho más que eso, a tal punto que se ha convertido en un esquema para movilizar y preservar el poder político. Algunos ejemplos ilustran esta tendencia. En Chile, durante los dos periodos de transición, se ha suscrito un "acuerdo de consenso" entre organismos gubernamentales, trabajadores y el sector privado. Aunque el problema de la gobernabilidad, en su sentido lato, en este país se podría extender mucho más allá llegando a relacionarse con la "política de los acuerdos", dos de cuyas expresiones tienen que ver -primero- con la mantención de la institucionalidad heredada de la dictadura y -segundo- con un tratamiento limitado en materia de derechos humanos en lo que concierne a las responsabilidades políticas del régimen anterior.⁶ En México se puede mencionar el "Pacto de la estabilidad, la competitividad y el empleo". En Honduras existe un nuevo "Código del Trabajo" que no se distancia de los mismos principios. En Nicaragua se ha suscrito otro bajo el nombre explícito de "Acuerdo de gobernabilidad". El de Argentina se conoce bajo el nombre de "Acuerdo marco para el empleo, la productividad y la equidad social". Mucho podría discutirse sobre éstas y otras experiencias similares, aunque el común denominador está dado por la necesidad de acotar (desperfilear) el campo de los intereses sociales y darle una salida negociada (viable) a las demandas dentro de los límites de la llamada gobernabilidad.

Sin embargo, paulatinamente se va tomando evidente que cuando la economía desintegra y polariza desde el punto de vista social, resulta difícil a la larga asegurar políticamente un consenso para la gobernabilidad, incluso en ese

⁴ Véase: Angles Flisflisch, "Gobernabilidad y consolidación democrática: sugerencias para la discusión", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, núm. 3, julio-septiembre 1989, pp. 113-133. De este autor, y en la misma línea de preocupación, el libro: *La política como compromiso democrático*, Santiago de Chile, FLACSO, 1987. (Véase especialmente el capítulo "Hacia una política contractualista").

⁵ Manuel Alcántara, "De la gobernabilidad", ponencia presentada en el IX Congreso Centroamericano de Sociología, San Salvador, 18 al 22 de julio de 1994.

⁶ Estos problemas están analizados en nuestro trabajo "Vicisitudes de la transición a la democracia en Chile", en *Coyuntura*, México, núms. 54-55, Tercera época, noviembre-diciembre de 1994.

limitado campo cupular cuya dinámica se vuelve cada vez más sospechosa en términos de cualquier invocación que aluda a la democracia. De allí es que no podría resultar lógico formular la problemática de la democracia en América Latina dentro de la esfera analítica de la gobernabilidad. Y esto trastoca la propia idea política que se refiere a la concertación. Lo mismo sucede con ese homérico empeño por compatibilizar democracia política, economía de mercado y equidad social.⁷ Habría que preguntarse si la población excluida de los beneficios de la modernización capitalista actual, se sabe genuinamente representada y cuál es su cuota real de incidencia (si es que la tiene) en la definición de esos consensos y pactos políticos institucionales.

En suma, la idea de la gobernabilidad remite a la construcción de un esquema político conservador –de principio a fin– cuya instrumentación suele transcurrir a través de raquíticos consensos de minorías y concertaciones cupulares de espalda a cualquier movilización de masas aunque se invoque objetivos populares. Por todo esto podría concluirse que en las actuales condiciones la gobernabilidad constituye un esquema político cuyo destino último consiste en otorgarle un certificado de buena conducta a una economía antidemocrática.

Lo que queda por visualizarse se refiere al límite de estas prácticas muy socorridas en los recientes procesos políticos que se han venido desarrollando en la región y que muestran a su turno el itinerario seguido por la política de la clase dominante. Tal vez el límite habría que buscarlo precisamente en esa política de colocarle frenos a las demandas sociales insatisfechas, aunque apele paradójicamente a la necesidad de preservar la democracia. Porque no resuelve el problema. Sólo aminora sus manifestaciones ¿A quién le teme esa democracia? sería la otra pregunta. Tal vez a las propias demandas democráticas y a sus expresiones sociales de lucha. Pero mientras prospere la fórmula de la gobernabilidad, el sistema como totalidad estará bien resguardado, porque sus resortes pueden seguir amortiguando el impacto negativo que en el campo social y político acarrea el modelo de economía de mercado. De ese modo, y por último, la gobernabilidad constituye un dique de contención destinado siempre a rebajar las demandas sociales a fin de evitar que el sistema se recaliente y en el peor de los casos llegue a estallar.

⁷ Tal empeño se refleja de algún modo, aunque no en todos los trabajos allí reunidos, en René Antonio Mayorga (coordinador), *Democracia y gobernabilidad en América Latina*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1992.

Sobre la sociología latinoamericana: grandes problemas, pequeñas ideas

La renovación del pensamiento social, en la medida de su cristalización, no ha trascendido a la altura de los portentosos cambios que configuran la complejidad de los procesos políticos actuales.

El lentísimo y desigual crecimiento de la economía latinoamericana desde la década de los ochenta en adelante,⁸ y los agudos problemas sociales que a ello acompaña fija cierta correspondencia también con el campo de las reflexiones. Puede advertirse, en tal sentido, que existe un retroceso importante en la forma en que ocurre el conocimiento social, a tal punto que podríamos hipotetizar una relación inversamente proporcional: a grandes problemas corresponden pequeñas propuestas. Luis Maira ha señalado en relación a América Latina que en los años noventa "los estallidos sociales se producen en los países que acumulan más desigualdades, en un contexto económico de *aparente reactivación*".⁹ Tal diagnóstico resulta tan plausible en términos de su verificación que hasta el propio Banco Mundial podría coincidir con ello.

El problema de fondo, sin embargo, estriba en los enfoques interpretativos. Es lo que ocurre cuando a partir de esa constatación se construye un razonamiento dirigido a mostrar la "necesidad de terminar con la desigualdad y las diferencias sociales" porque "pone en peligro la convivencia y aumenta las posibilidades de un estallido social".¹⁰ De manera que si tal situación no fuera potencialmente explosiva no sería un asunto importante. Verlo de este modo es como si estuviéramos frente a un problema social para cuyo tratamiento bastarían medidas correctivas, lo cual haría suponer que la desigualdad y la pobreza son fallas o deformaciones del sistema económico y su estructura de dominación.

Si ayer asistíamos a debates con profundos sentidos críticos del sistema, hoy el debate predominante se encuentra acotado por las variantes alrededor de las propuestas autodenominadas "viabiles". Es como si el pensamiento social hubiese sido derrotado definitivamente y no le quedara otra que la mirada de la resignación. De allí emerge un ángulo de visibilidad que deviene discurso y que suele resultar muy sutil, toda vez que se presenta bajo el ropaje del sentido

⁸ América Latina es la región que registra la distribución del ingreso más inequitativa del mundo. Diversas fuentes, entre ellas la CEPAL, alimentaron esta conclusión que apareció en un Documento de la Comisión Latinoamericana para la Cumbre Social de Copenhague, cuyo extracto fue difundido en el periódico mexicano *La Jornada*, 2 de marzo de 1995, p. 57.

⁹ *El País*, 9 de marzo de 1993, p. 14.

¹⁰ Luis Maira, *Conferencia inaugural del año académico*, Santiago de Chile, Universidad Tecnológica "Vicente Pérez Rosales", abril de 1994.

común. Nos referimos a las diversas expresiones que invocan la necesidad de que el análisis debe ser "realista". Es decir, puede pensarse que el "realismo político" tan difundido en el último periodo ha encontrado también su prosecución en el campo de las ideas y del pensamiento social latinoamericano. Su derivado pragmatismo, en este sentido, no sólo es una conducta política, sino también parece que se ha convertido en una forma de conocimiento.¹¹

¿Qué significa un pensamiento realista? La respuesta se asocia a una postura que define una forma de mirar las cosas o los hechos sociales. El punto de convalidación que pasa por cierta comunidad de especialistas con facultades para definir lo que es excelente —o los resultados que corresponderían a esta categoría— descansa en una premisa crucial: el orden social no debe ser cuestionado. Nada, por tanto, que vaya en contra de éste. En tal lógica, un pensamiento será considerado "profundo", "moderado", "creativo", "renovado". Para decirlo de otro modo, el pensamiento social será "realista" si se desenvuelve dentro de los parámetros del conservadurismo predominante. Todo es posible dentro del orden, nada fuera de él. Porque "la teoría social en buena parte ha dejado de ser teoría crítica" y lo que "hace crítica a una teoría es su capacidad de cuestionar el sistema social vigente en función de las condiciones de posibilidad de la vida de los seres humanos".¹² En este sentido la libertad está lejos de haberse extendido al campo del pensamiento social.

En la búsqueda de visiones genuinamente renovadas, que no sólo sean distintas sino sobre todo superiores a las que hoy predominan, convendría intentar articular nociones y conceptos junto con los instrumentos más avanzados de la presente época. Rigor y flexibilidad a la vez para escudriñar el sentido profundo de la dinámica social, sus conflictos, sus tensiones, las luchas sociales por pequeñas y fragmentadas que parezcan. Un avance inicial en esa dirección puede consistir en precisar las grandes tendencias y contratendencias de nuestro tiempo. Imaginarse ese "mar de fondo" transitando por las expresiones sociales inmediatas y más evidentes no parece ser una perspectiva cuya exploración tenga que descartarse fácilmente.

Las preguntas de este tiempo, a nuestro entender, tendrían que acuñar respuestas en la continuidad con lo más avanzado que en el pasado pautaron las grandes preocupaciones y contribuciones, cuyos alcances no han perdido vigencia tales como la problemática de la dependencia —no obstante la interdependencia—, el desarrollo —a pesar de la modernización en curso—, el Estado

¹¹ José Fernández Santillán, "Acerca del realismo político", en *Etcétera*, México, núm. 129, 20 de julio de 1995, p. 27.

¹² Respuesta de Franz J. Hinkelamert al cuestionario "América Latina: la visión de los científicos sociales", en *Nueva Sociedad*, Caracas, núm. 139, septiembre-octubre, 1995, p. 113.

latinoamericano –no obstante la preeminencia del mercado– y el no tan novedoso ámbito problemático relativo a la constitución de los sujetos y sus expresiones sociales y políticas.¹³ Hay muchos nuevos problemas sociales en la región cuyas causas, habida cuenta de su correspondiente conflictividad, no anulan los viejos asuntos que permanecen pendientes y que no han encontrado cauces satisfactorios de resolución.¹⁴ Si alguna característica sintetiza en este sentido a la región latinoamericana es que posee esa enorme “cualidad” de acumular problemas sociales no resueltos y que ningún esquema político ha logrado modificar.

Pero así como se acumulan problemas no resueltos, existe también en la inmensa mayoría del continente una enorme acumulación de desconfianza política, saturación ideológica y falta de credibilidad cuyas señales son datos con los cuales necesitamos trabajar. Desarticuladas, inorgánicas, a veces puntualmente localizadas, inconexas bajo conducciones ajenas en no pocos casos y bajo proyectos que no son propios y en medio de multiformes expresiones de resistencia, hay en sectores sociales mayoritarios una enorme inconformidad. Pero también una dinámica de búsqueda por identificar lo común entre los múltiples desafíos particulares que en sus respectivos espacios autonómicos enfrentan.

¿Cómo acercarnos a esta nueva realidad social fragmentada en medio de una profunda diferenciación que parece no tener fin? Necesitamos descubrir o redescubrir esa dinámica y esa búsqueda como en la “Memoria del Fuego”. Tal vez estemos ante un problema de saber captar la historia grande a través de los pequeños acontecimientos, tratando de “ver el universo por el ojo de la cerradura” como diría Eduardo Galeano.

¹³ Acerca de este último campo de preocupación, referirse en D. Camacho y R. Menjivar (coords.), *Los movimientos populares en América Latina*, México, Siglo XXI/UNU, 1989; Fernando Calderón, *Los movimientos sociales frente a la crisis*, Buenos Aires, CLACSO/UNU, 1985; y Rosa Proietto, “New Social Movements: Issues for Sociology”, in *Social Science Information*, London, SAGE Publications London, vol. 34, núm. 3, 1995.

¹⁴ Jaime Osorio, *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, México, Triana Editores, 1995.